



***Las Provincias y María Consuelo Reyna. Liderazgo y poder en tiempos de cambio (1966-1982)***

Ana María Cervera-Sánchez

Aldea Global (Universitat Autònoma de Barcelona, Univesitat Jaume I, Universitat Pompeu Fabra, Univesitat de València), Valencia, 2020.

208 pp. - ISBN: 978-84-9134-718-7

Reseña por Francesc-Andreu Martínez-Gallego

## MARÍA CONSUELO ME QUIERE GOBERNAR...

Una mujer, solo una mujer, creó opinión desde la dirección –subdirección, en realidad– de un medio de comunicación durante la Transición: se llama María Consuelo Reyna. Resultaba urgente contar su historia y la del medio que le sirvió para construirse como una influencia trascendente en tiempos de cambio, en convulsos tiempos de mudanza. El libro de Ana María Cervera se ha puesto a ello y lo ha hecho con tres singularidades.

La primera, una gran capacidad para sintetizar y hacer comprensible lo mucho y bueno que se había publicado sobre el periódico que sirvió de plataforma a María Consuelo Reyna, que fue su subdirectora entre 1972 y 1992, y su directora entre 1992 y 1999: *Las Provincias*, periódico nacido con en 1866. Cervera se nutre, especialmente en los

primeros capítulos, de libros y trabajos inspiradores: en especial, el de Enrique Bordería, *La prensa durante el franquismo: represión, censura y negocio. Valencia, 1939-1975* (Valencia, 2000), una obra realmente descomunal –probablemente la mejor monografía que se ha publicado hasta hoy- sobre el periodismo durante el franquismo; y los trabajos de Luis Amador Iranzo Montés que parten de su tesis doctoral, *El papel de la prensa diaria durante la transición a la democracia en Valencia (1876-1982)* (Valencia, 2012), un semillero de asuntos relevantes sobre la historia de la prensa en la transición que trasciende los análisis del discurso que aparenta abordar. Cervera consigue destacar lo mejor de estas y otras aportaciones relevantes, aprovechar sus materiales para vincularlos con las fuentes originales que consulta y abordar selectivamente las buenas hipótesis de trabajo que tales obras contienen.

La segunda singularidad es la de proveerse de una buena base fontal. Cuando el historiador busca materiales empíricos para dar respuesta a sus preguntas de investigación y para ratificar o falsar sus hipótesis de trabajo, a veces debe construir sus propias fuentes. Pero no en el sentido de “inventarlas”, sino en el de formalizarlas, en el de evitar que decaigan por falta de una labor ardua de recogida y transcripción. Es lo que sucede con las denominadas fuentes orales. Cervera ha realizado algunas entrevistas muy apreciables como fuente, empezando por las efectuadas a María Consuelo Reyna. De ella ha conseguido materiales originales, incluso más allá de lo transcrito, a través de su archivo personal. La autora, sin embargo, es muy consciente de dos problemas típicos en el tratamiento de la fuente oral: la memoria nunca puede darse por sentada; como cualquier otra fuente, debe cotejarse con materiales de toda naturaleza. La propensión de la memoria por moldear el pasado en función de los intereses de nuestro presente es demasiado fuerte como para obviar este relevante asunto. El otro problema es el de la fidelidad mal entendida. Cervera está agradecida por el trato recibido por la protagonista de su libro, y lo expresa, pero no cae en la comfortable hagiografía, ni mucho menos. Este no es un libro de “memorias autorizadas”. Es un libro que utiliza la memoria como parte de un acervo fontal que se completa con diversos y ricos archivos.

La tercera tiene que ver con la capacidad de contextualización. El periódico *Las Provincias* es abordado como un actor complejo en la realidad política, económica y mediática del lapso, 1966-1982, estudiado. Compleja porque es, al mismo tiempo, una empresa, una plataforma ideológica, un vector de influencia, un espacio de interacciones jerarquizadas entre consejos de administración, gerencias, direcciones, jefatura de redacción y periodistas, un espejo deformante de la realidad y un decidido ariete para incidir sobre ella. Cervera, además, se atreve a utilizar categorías más que convenientes. Decir esto en tiempos de discursos light en ciencias sociales tiene su intrínquilis: sin embargo, cuando la autora afirma con contundencia el deseo de *Las Provincias* por representar a la burguesía valenciana –a las aspiraciones de la fracción mayoritaria de esta clase social– no hace sino trasladar lo que el medio nunca dice, pero

quien lo dirige lo repite, una y otra vez. Ahora que, al parecer, la clase obrera no existe, que todo es clase media, que la sociología funcionalista triunfa con los baremos que van de lo alto a lo bajo en materia de ingresos, etc., resulta que la burguesía sigue estando ahí, con una extraordinaria conciencia de serlo, del lugar que ocupa en la sociedad, pero también de la necesidad de arrastrar tras de sí a amplias capas de la población para conseguir, así, sus objetivos. Tiene mérito el trabajo de Cervera, porque la conceptualización que es relativamente fácil de ver, y por tanto de usar, para el siglo XIX –ese siglo largo que llega hasta 1914–, no siempre lo es para el corto siglo XX. O para lo que llevamos del XXI. Y es que para conceptualizar en términos estructurales nos sirven los análisis vinculados exclusivamente al discurso: hay que indagar debajo de la superficie, convirtiendo a las palabras en una puerta de acceso en vez de en un fin en sí mismas.

El libro de Ana María Cervera es apasionante. Está compuesto por un prólogo, realizado por la profesora Inmaculada Rius –de obligada lectura–, una introducción y tres capítulos, de los cuales el último, el cuarto, ocupa casi la mitad de la obra, puesto que contiene el meollo de su aportación original: el tiempo en el que María Consuelo Reyna ejerció como subdirectora de *Las Provincias* a partir de 1972, sin olvidar que, antes y después, fue una mujer empresaria, en tanto en cuanto sus intereses de naturaleza patrimonial estaban ligados a Federico Doménech S.A., como se denominaba la razón social de la empresa propietaria del periódico. El capítulo primero, introductorio, es breve y necesario: nos plantea la historia que se va a estudiar problematizándola. Creo que debiera haber enfatizado mucho más el papel subordinado del impresor José Doménech, presunto propietario de *Las Provincias* desde su creación. En realidad, el nacimiento de *Las Provincias* en 1866 respondía a una estrategia de su verdadero dueño, José Campo Pérez, el futuro marqués de Campo, tal vez el mayor magnate de la España isabelina junto con el marqués de Salamanca. Un muy significado representante –fue alcalde, diputado, senador– de la burguesía conservadora. En todo caso, queda explícito que *Las Provincias* surgió como portavoz de la gran burguesía valenciana vinculada a los múltiples negocios, socios, partícipes y correligionarios de Campo; que José Doménech no fue nunca, en ese tiempo, propietario de la publicación, aunque aumentase su relevancia dada su fidelidad que inmaculado testaferrero; que Teodoro Llorente Olivares era el hombre de Campo –del *campismo*, se podría decir– y no solo el director de *Las Provincias* hasta su muerte en 1911; y que, hasta 1904, el periódico no perteneció por entero a la familia Doménech: entonces el impresor, José, ya había fallecido y fue su hijo, Federico, quien consiguió la propiedad absoluta de la imprenta y la cabecera, cuidándose, eso sí, de seguir respetando a la saga de los Llorente en la dirección de la publicación: Teodoro Llorente Falcó dirigió *Las Provincias* tras la muerte de su padre, Teodoro Llorente Olivares. Y lo hizo desde 1911 hasta su muerte en 1949. De forma que entre 1866 y 1949 la estabilidad y la coherencia, con solo dos directores, sobrevolaron a una cabecera que se convirtió en el santo y seña de un sector social que tuvo por bandera la propiedad privada y los intereses “valencianos”, es decir, de aquellos

productos que consiguieron convertirse en imprescindibles en el mercado español – naranja, arroz, vino– o que pretendían que el Estado los defendiesen para conquistar mercados exteriores.

El segundo y tercer capítulos son fundamentales porque siguen los pasos de la descendencia de José Doménech, el impresor *de Campo* y nos ponen sobre la pista de cómo, a través de los matrimonios y las relaciones intrafamiliares, se diversificaron, en términos económicos, los intereses de la familia. Al mismo tiempo, este capítulo nos pone sobre aviso: el libro quiere ser una indagación del componente empresarial del periódico. Aquí empezamos a observar cómo la autora saca un magnífico partido del Registro Mercantil y cómo, a través de la reconstrucción de los consejos de administración de la empresa, indaga en cada uno de sus miembros para entender qué aporta cada uno al periódico. No se trata de establecer una relación directa entre intereses particulares y discurso periodístico, pero sí una relación *fuerte*, influyente, casi siempre concluyente. También contiene este capítulo la historia sintetizada de *Las Provincias* durante el franquismo: en Valencia, era el único diario privado junto a los dos del movimiento, el matutino Levante y el vespertino Jornada. Para hacerse hueco entre ambos, poco a poco fue acentuando su tono regional y regionalista, enlazando con un elemento que le era propio –la defensa de los intereses “valencianos”– y abriendo un ligero espacio crítico para enjuiciar la obra del régimen, lo suficiente como para plagar su historia de encontronazos: en 1953 los informes del gobierno civil lo tildaban de periódico de oposición; en 1958 un director, Martín Domínguez, fue obligado a dimitir por su voz crítica frente a la inacción gubernamental tras la devastadora riada de 1957. El toque de atención era relevante. En 1939 el periódico había reaparecido con no pocas reticencias dentro del bloque de poder: al fin y al cabo, Valencia se llamaba entonces Valencia del Cid, nombre que el régimen inventó para borrar el Valencia la Roja del acervo popular; era una ciudad sensible, uno de los últimos bastiones de la República resistente frente a la sublevación fascista. De modo que en 1959 interesaba un nuevo director perfectamente aceptable: José Ombuena era perfecto para el cargo, un periodista muy culto, muy franquista, muy amante de las glorias valencianas. Todo estaba preparado para que una ley pendular, la de la sucesión de las generaciones por razones biológicas, hiciese acto de aparición.

El cuarto y último capítulo, el más largo, se ocupa de ello. Es difícil no realizar una lectura continuada del mismo, dada la buena prosa de Cervera y la relevancia de los asuntos que reconstruye e interpreta. Llega María Consuelo Reyna y:

La transformación del diario empezó entonces a acelerarse apoyada en tres factores: la labor de la subdirección que fue adquiriendo cada vez más peso en detrimento del director Ombuena, la actuación de una redacción joven y comprometida y, por último, la participación de los movimientos de oposición al

franquismo (...) que encontraron en las páginas del periódico un espacio para lanzar sus demandas, críticas y propuestas a la sociedad. (102)

Así fue. María Consuelo Reyna vivió dos etapas muy diferentes al frente –en esa subdirección que hizo las veces de dirección porque en ella estaba una propietaria respaldada por el consejo de administración, en el que su padre era el principal elemento– del periódico. La etapa de la pretransición en la que *Las Provincias* vivió una inusitada primavera. Desde que accede al cargo y renueva la redacción, en la que entra gente joven, de su misma generación, María Consuelo Reyna observa cómo los sectores de la burguesía del país sueñan con el Mercado Común para exportar con facilidad naranjas, vinos y esos nuevos productos industriales –los coches de la Ford de Almussafes, pongamos por caso– que produce el territorio y cree que es el momento de buscar alianzas para que el régimen vaya abriéndose, es decir, para que la entrada en el Mercado Común derribe el principal de sus escollos: la imposible homologación de España con las democracias allende los Pirineos. Tejer alianzas significa abrir las puertas de la redacción a miembros de la oposición antifranquista. Con sabiduría, Reyna se decanta, en especial, por profesores universitarios. Sabrán ir con cuidado en sus artículos. Les dice que ella forma parte de un periódico “de derechas”, pero que ha entendido la necesidad de caminar hacia la democracia. Y consigue su objetivo, con valentía. Las campañas contra la destrucción de El Saler o contra la conversión del viejo cauce del Turia en una nueva autopista, le granjean al periódico no solo simpatías, sino, ante todo, credibilidad. Lo consigue sin perder a sus lectores tradicionales, porque las primeras páginas del periódico siguen siendo inequívocamente franquistas, mientras las páginas interiores se abren a la crítica, a enjuiciar la acción política a través del rasero de los “intereses valencianos”. Esta etapa se prolonga tras la muerte de Franco y casi llega hasta la aprobación de la Constitución en 1978.

Pero sucede que, en Valencia, en el territorio valenciano, la derecha –el conservadurismo al que tan fiel ha sido *Las Provincias* y María Consuelo Reyna– se siente muy incómodo con las sucesivas derrotas del partido que mejor representa a esa burguesía valenciana –y española– que ha realizado un gran trasiego transformista (de autoritaria a democrática) pero que en ningún caso desea perder las riendas. La UCD no asume las sucesivas derrotas electorales que sufre en el País Valenciano y que, a diferencia de territorios como el vasco o el catalán, no tienen que ver con la emergencia de partidos nacionalistas no menos burgueses, sino con la fuerza de arrastre popular del socialismo. Y es entonces cuando llega el invierno. María Consuelo Reyna, Emilio Attard –no solo padre de la Constitución–, Manuel Broseta, el vicepresidente Fernando Abril Martorell, traman una estrategia cuyo objetivo último es hacerse con el poder. Son conscientes de que, si las elecciones giran en torno al binomio derecha/izquierda, la UCD no tiene mucho que hacer. Así que se esfuerzan en cambiar los términos. Y la habilidad, la capacidad y la astucia de María Consuelo Reyna consigue el objetivo: hace que la opinión pública, cada vez más, interprete que está eligiendo entre catalanistas y

anticatalanistas, los primeros unos vendidos, los segundos, depositarios de la esencia del más sano valencianismo. Eso sí, mientras el objetivo se consigue, la transición se vuelve agria, muy agria. Algunos lo han llamado batalla de Valencia, a Reyna la terminología le parece exagerada. Cervera la asume: la guerra gira en torno a lo simbólico –la denominación de la lengua y del territorio, los colores de la bandera- y a lo político –el artículo constitucional de acceso a la autonomía–, pero se torna con frecuencia en violencia callejera, en violencia contra las personas, en uno de los típicos dejes del fascismo: el antiintelectualismo.

María Consuelo Reyna no ha cambiado en ese tránsito. Es la misma. Lo dice ella, reiteradamente, y tiene razón: siempre fue una portavoz de la “burguesía provinciana” a la que se sintió, por nacimiento, por intereses patrimoniales, por conciencia de tradición periodística, adscrita. Claro que grito País Valenciano, valenciano y catalán son la misma lengua, la bandea valenciana es el pendón de la conquista –las cuatro franjas rojas sobre fondo amarillo–, etc., para luego desdecirse. Pero, ¿qué importa? Con lo primero consiguió tejer alianzas y situar a la burguesía al frente del movimiento antifranquista, a pesar de lo tarde, tardísimo, que se había sumado a él. Con lo segundo, consiguió que la burguesía a la que siempre imaginó representar se pudiese encumbrar al poder en la nueva democracia constitucional. El quiebro siempre tuvo un origen, el mismo origen. Y una interprete excepcional.

En todo ese tiempo, fue “la única mujer periodista española que creó opinión” (105). De manera que era urgente entender por qué y cómo. Leer el libro de Ana María Cervera es la manera de comenzar a entenderlo. Solo un reproche mínimo: son demasiado sumarias las páginas finales que nos recuerdan que el libro acaba en 1982 pero que Reyna siguió siendo directora hasta 1999. A no ser que se trate del anuncio de una segunda parte, que sin duda deberá escribirse para entender cabalmente el poder el periodismo como actor e intérprete de la realidad valenciana contemporánea, al menos hasta que alguien decidió deshacerse de las intermediaciones y dirigirse al “pueblo” directamente; al menos hasta que el populismo que nos invade decidió aliarse con las nuevas tecnologías y su capacidad de obnubilación. Sí, María Consuelo nos quiso gobernar, y alguien le siguió la corriente, porque no quería que la gente dijese que María Consuelo nos quería gobernar. Y gobernó.